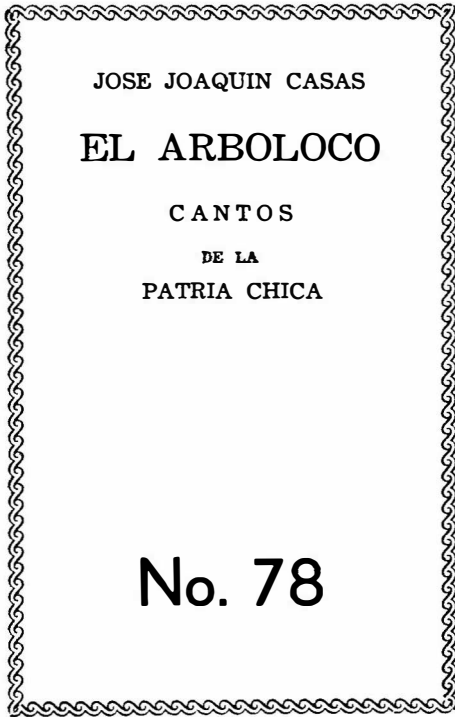


EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



# JOSE JOAQUIN CASAS

Cuadernillo de Poesía Colombiana

Ediciones de  
Universidad Pontificia Bolivariana

## JOSE JOAQUIN CASAS

Jurista consagrado, Ministro de Estado, institutor eminentísimo, fundador de varios colegios y rector de muchos otros; orador, periodista, diplomático; ensayista, catedrático de filosofía y de historia y literatura patrias. Co-fundador de la Academia de Historia y Director de la Colombiana de la Lengua. "Como poeta —traductor de latinos y de modernos e intérprete del sentimiento y la vida popular y campesina—, su obra representa la más pura escuela española y el más depurado casticismo".

Obra poética, editada en Bogotá: *Cristóbal Colón*, poema (1892); *Crónicas de aldea*, sonetos costumbristas (1932); *Infancia* (1936); *Cantos de la Patria Chica* (1941).

Nació en Chiquinquirá en 1865. Murió en Bogotá en 1951.

### EL ARBOLOCO

#### MONOLOGO EN DESIERTO

A mí nadie me canta,  
A mí nadie me nombra,  
A mí, que doy con providencia tanta  
Al indio hogar, mi música y mi sombra.

Yo soy el *arboloco*.  
¡Prosaico el nombre mío!  
No legendaria tradición yo evoco,  
Ni de pomposos hechos me glorío.

¿Mi suerte a quién afana?  
¿Qué industria en mí se empeña?  
Oh dura ley!, la ingratitud humana  
A un tiempo me utiliza y me desdeña,

Y a trizas me disputa  
La sórdida avaricia  
El terrón mismo de la orilla enjuta  
Donde fomento la humedad nutricia.

Proscritos tiene el arte  
Mi apodo y mi figura:  
Ni en sus trovas amor me ofrece parte,  
Ni me copia en sus cuadros la pintura.

En el novel plantío  
De exóticos primores  
Disonara cual rústico atavío  
Mi opaco adorno de amarillas flores.

No ejemplo doy ni pido  
Al talle de las damas,  
Ni al garbo con que el cámbulo florido  
Se irgue en los valles con airón de llamas.

Sabor de tamarindo,  
Racimos de palmares  
No acendro yo, ni a los amantes brindo  
Prendas de amor ni aroma de azahares.

Mis ingloriosas cañas,  
Sin flecos y sin rizos,  
Cubrieran mal de Orlando las hazañas  
En bosques de románticos hechizos.

Rico artesón o trabe  
Al regio cautiverio  
No doy, ni el mástil a la osada nave  
Que usurpa al mar su tormentoso imperio.

Ni aquel vaivén es mío  
De gracia lastimera  
Con que diciendo su tristeza al río  
Moja el sauce llorón su cabellera.

Lo sé; mas si, arboloco,  
De ajena prez sin celos,  
No niego, no, mi arboloquez, tampoco  
El bien ignoro que debí a los cielos:

Mi parte en la armonía  
Que ensalza el sumo nombre,  
Himno en que alternan con filial porfía  
Larva, estrella y clavel, y hormiga y hombre.

¿Quién la inefable ciencia  
Del sumo Autor bendito  
Juzga? ¿No es El quien nos llamó a su herencia?  
Deudas no corren al Dador gratuito.

El, sabio, El, sumo dueño,  
Partiendo el bien que es suyo,  
Para el espacio grande y el pequeño  
Mide su luz al astro y al cocuyo.

Mas no gentil blasona  
Mi grácil cuello enhiesto  
De que tal vez la espléndida corona  
Que se niega al audaz, ciñe al modesto.

O moribundo o muerto  
Al indio en barbacoa  
Cargo, y en viaje hacia el eterno puerto  
(Pues no aspiro a bajel) soy la canoa.

¿Tal vez mi pobre savia  
La senda alumbra al vuelo?...  
¿Pule el cristal con que en vigilia sabia  
Mide el insomne telescopio el cielo?...

¡Tal vez!... yo en la infinita  
Verdad mi gloria fundo.  
¡Qué veneros de ciencia deposita  
Dios en los seres que desdeña el mundo!

Del misterioso Ganges,  
Del fecundante Nilo,  
Vengan de extraña floración falanges;  
La una India a la otra ofrecerá su asilo.

Vengan baobab gigante  
E hidrópico eucalito,  
Y aquí cada uno su epopeya cante;  
Mas ¿yo he de ser de mi solar proscrito?

Sí, ¡mi solar es éste!  
Del fértil Funza oriundo  
Soy la reliquia y el heraldo agreste  
De mi vencida raza y viejo mundo.

Que nueva edad su ornato,  
Su nuevo estilo extienda;  
Mas de lo viejo sin olvido ingrato,  
Recobren en la estancia y en la hacienda.

Su hoy desmedrado fuero,  
Sus propios señoríos,  
Salvio, arrayán y chilco y borrachero,  
Viejos coetáneos y consortes míos.

¡Maldito el que a la llama  
Los bosques dio! ¡maldito!  
Vil es el corazón que a un árbol no ama,  
Arbol de sus recuerdos favorito!

Limpieza al aire dando  
Con los alientos míos,  
Entre el malsano barracal infando  
Propago el gremio de mis tiernos críos.

Ajeno a medicatos  
Soy físico algebrista:  
No hay de lomos dolor, no hay *mal de gatos*,  
No hay *rumatís* que a mi virtud resista.

Alcázar sin vigía  
Habrá ni altos blasones;  
Pero no hay rancho sin la sombra mía,  
Sin sociedad de malva y copetones.

Para esparcir sonoro  
Por todo el fundo el riego  
Y gota a gota convertirlo en oro,  
Me abre en canal el hacha del labriego.

Las linfas vagarosas  
Recojo a la vertiente,  
Que así, cavando las abruptas losas,  
Labra por fin el *Pozo de la fuente*,

Do el cantarito llena  
De su frugal cocina,  
Mientras la copla que entre el bosque suena,  
Oye el gañán la núbil campesina;

Do la comarca entera  
El "alto dón" alcanza  
Que alegra el soto, la heredad prospera,  
Pinta el vergel y nutre la labranza.

Si de oro el predio viste  
Y de esmeralda el lujo,  
De gratitud, si la justicia existe,  
Digna es el agua, y digno quien la trujo.

Mas siempre ¡es ley! la cuerda  
Quebró por lo delgado:  
¿Dónde está aquel que en el festín recuerda  
Quién trajo el agua que regó el sembrado?

Las sombras vespertinas  
Llegando y sus azares,  
Para acostar sin riesgo a sus gallinas  
Busca el gallo mis troncos: son sus lares.

Surgiendo su semblante  
Cual iris de la bruma,  
Yo vi su barba, en tormentoso instante,  
Flotar al viento cual raudal de espuma.

Súbito, en claras horas  
Se nubla torvo el cielo.  
Del monte las rapaces moradoras  
Cernerse vi con espantado vuelo.

Cuando por la ancha boca  
Que eterno salmo eleva,  
Paso abrió al Funza con fragor la roca  
Al golpe del bastón de Nenqueteba.

Con sordo cataclismo  
Crujieron los peñones,  
Cual si rodaran al eterno abismo  
Los de Luzbel trementes escuadrones.

Mugir sentí la tierra  
De monstruos mil al grito.  
Vi cuando, abiertos, al rodar la sierra,  
Quedaron sus cimientos de granito.

Los cavernosos ecos  
Llenando de chillidos  
Buscaban, del escombros entre los huecos,  
Las erizadas águilas sus nidos.

Por la hórrida hendidura,  
Que un nuevo clima ofrece,  
Se asomaron del vórtice a la hondura  
Las cumbres donde el roble pimpollee.

Indígenas pardaes  
Cantaron sus letrillas,  
Y con los indios, ante Cristo iguales,  
Cayeron los hidalgos de rodillas.

¿Y solo en su ventura  
Fue el pueblo primerizo?  
Con hisopo de juncias y agua pura  
Lavando al muisca, me roció el bautizo.

Minúsculo asistente  
Al drama tempestoso,  
Sentí la niebla humedecer mi frente,  
La espuma y el aliento del coloso.

Y de la gran cascada  
Sobre el turgente velo  
Vi una Virgen, de estrellas coronada,  
Juntas las manos, elevarse al cielo.

De entonces se hincha y brama  
Batiendo las laderas,  
Y salta de las cumbres Tequendama  
En brazos y al calor de las palmeras.

¿Soñara tal mi anhelo?  
Con religioso espanto  
Yo asistí aquí cuando asistió aquí el cielo  
Por vez primera al Sacrificio santo.

Con quiebro y rumores  
Cual de salvaje artista  
Hice entonces, si bárbaros, honores  
Rendidos al *Señor de la Conquista*.

Resplandecer lo veo  
Y ante él me humillo y postro:  
Yo vi sobre ara de improviso arreo.  
De un Hombre-Dios crucificado, el rostro.

De la hostia blanca y pura  
A la ascensión asisto.  
Oigo una voz como en solemne jura:  
*¡Cristo aquí reina! ¡Para siempre, Cristo!*

Pirámide oscilante,  
Fui entonces campanario,  
Y allí ofrendé, cual oblación fragante,  
Mis hojas a la Virgen del Rosario.

Testigo, di madera  
De *Santafé* a la traza;  
Mi tronco abrí como canal primera  
Para la pila que saltó en su plaza;

Y la primera aceña  
Moví del patrio río,  
Y entretejí con cañas de mi leña  
La puntiaguda cúpula al bohío.

De ignotos himnos bellos  
Turbando el sacro oficio,  
Yo compartí, murmurador como ellos,  
De niños y de chisgas el bullicio.

Y todo en pos trabaja  
De excelso plan divino;  
Tal vez al sabio que nocturno viaja  
Le enseña la luciérnaga el camino.

En la creación inmensa  
Dos seres no hay iguales;  
Y alta unidad la variedad compensa,  
Del musgo hasta los orbes siderales.

¡Ay del bosque! ¡Ay del huerto  
Si el chilco a roble aspira!  
De igualdad desigual surge el concierto;  
Cada cuerda su voz lleva en la lira.

La guadua y el carrizo,  
Afines de mi casta,  
Gozan, contentos como Dios los hizo,  
La humilde paz de a quien lo suyo basta.

En su arvo la amapola,  
En su órbita la estrella,  
En su breña el condor, la alga en su ola,  
Cada cosa en su sitio es la más bella.

No hay planta solitaria  
Sin su virtud amiga:  
Ni el hongo vil, ni austera parietaria,  
Ni triste malva, ni pringosa ortiga.

La grácil trepadora  
Que al guayacán se enreda,  
La que su miel o púrpura elabora,  
El gusano que al rey viste de seda;

Si próspera la hormiga,  
La araña si hilandera,  
Todo un intento muestra al que investiga,  
Un plan, razón, finalidad doquiera.

Cantando humilde sigo  
En la Creación mi nota,  
Y la feliz desigualdad bendigo,  
Próspera ley de donde el orden brota.

Yo, el ínfimo que peino  
de los que peinan hojas,  
Hermano soy, en el hojoso reino,  
Del bruto que rebuzna sus congojas.



Como él yo sirvo y callo,  
Y en arrabales medro;  
Ni él pretende en Olimpia ser caballo,  
Ni yo campar con ínfulas de cedro.

De mísero árbol-hueco  
Mi nombre da sentido;  
Pero de inútil *oquedad* no peço,  
Ni de fatuas lisonjas engreído.

Si el corazón no aína  
Susurra en cantilenas,  
Es que hecho luz alumbra en mi resina,  
Hecho calor circula por mis venas.

Sin presumir donaire,  
Derecho al cielo subo,  
Y arrimo doy, para que medre al aire,  
A la rastrea pompa del curubo:

Al sol y al aire vivo  
Le acrezco así el tesoro,  
Y si sus flores cual mi manto exhibo,  
Acendro el jugo de sus huevos de oro.

Piramidal resguarda  
El campo de la amelga  
Mi tronco, y de él, sobre mullida barda,  
Más de una oronda calabaza cuelga.

No al sembrador fatigo  
Sino espontáneo broto;  
Y, fiel de fechos, natural testigo,  
Sin querellas los términos acoto.

Sin que me planten nazco,  
Sin que me rieguen crezco,  
Sin agua bebo, sin placer me aplazco,  
Sin paga sirvo, sin blasón merezco.

Busco el hogar: doquiera  
Que un indio hogar fabrica,  
Luégo en redor, su amiga y compañera,  
Mi estirpe allí se arraiga y multiplica.

Yo alcázares no abrigo,  
No voy tras la realeza:  
Soy el árbol del pobre, al pobre sigo,  
Busco, para adornarla, su pobreza.

¡Ay! de la gente impía  
Que tala así sus lares,  
Se vengan con la peste y la sequía  
Los genios de los bosques tutelares.

La historia y la conseja  
Vivaz de mí reciba  
Quien, memorioso de la patria vieja,  
Las sabaneras geórgicas escriba.

Oscura y ojisesga  
Llegó... (¿cuál fue su vía,  
Quién y en qué auroras a decir se arriesga?)  
La astuta raza que Zipango cría.

Testigo, ejemplo, huella  
De universal estrago,  
Esta, hoy Sabana, la armentosa y bella,  
Hirvió, allá en siglos, tempestuoso lago.

La edad me está presente  
Cuando entre ruidos grandes,  
Brilló como esmeralda en regia frente,  
Un mar sobre la cumbre de los Andes.

Los torvos farallones,  
Baluartes de la sierra,  
Que amparan, cual ciclópicos bastiones,  
El verde cuadro de la opima tierra;

Las crestas desgarradas  
Que al sol se yerguen solas  
Resistieron, bañándose en cascadas,  
El empuje del viento y de las olas.

Yo vi lanzarse inquietas  
Por la juncosa falda  
Y luégo izar sus mantas las barquetas  
sobre el hervor de líquida esmeralda.

Para cantar desde ellas  
Del almo sol las loas,  
Vi de oro y miel mojanas y doncellas  
Cubrirse fulgurando en las canoas.

De donde el Dios fulgente  
Comienza su camino,  
Maestro y pastor de la abatida gente,  
Tras cientos de años el Apóstol vino.

Y luégo, como en vela  
Sobre adormida cuna,  
Alargo, taciturno centinela,  
Mis sombras a los rayos de la luna,

Cuando con larga y lenta  
Quejumbre a duelo inclina  
El cuerno que a las zorras amedrenta,  
Desde el sonoro tambo en la colina.

Del rancho yo armo el techo;  
Antorcha es mi resina;  
Del cañizo nupcial yo ablando el lecho,  
Sirvo al gañán de tuero y medicina.

Cual si la atroz sentencia  
Prevese del cuchillo,  
De mí amarrado, hasta tomar querencia,  
Gruñe chillón el tierno cochinillo.

Cuando el domingo a misa  
Se van los estancieros,  
Desde mis gajos el *michico* avisa  
Que hay un guardián, a *runchos* y cuatrerros.

El ciego y mudo cuero,  
De donde huyó la vida,  
Mira del can, guardoso compañero,  
Víctima del condumio perricida.

Intimo confidente  
Del pobre y de su amada,  
Sé cuanto encierra idílico y doliente  
La vereda del rancho a la quebrada.

Cual trovador que sueña  
Con rancias tradiciones,  
Hago vibrar en plática hogareña  
Mis hojas, que parecen corazones.

Y de entre el sabio gremio  
De artísticas deidades  
Me escogió nombre, de mi arrullo en premio,  
La hermosa ciencia del jardín de Gades.

*Polyhimnia, en himnos rica,*  
¡Mi nombre! ¡adónde tóco!  
¡*Numen cantor* mi nombre significa!  
¡Nombre de musa el mísero arboloco!

Testigo fui prolijo,  
Testigo fiel hoy cuento:  
Fue la Misión quien nuestro hogar bendijo  
Y echó de la República el cimientto.

¿Y faltan en mi historia  
Los épicos trabajos?  
En Boyacá, sinónimo de gloria,  
El fuego heroico desmochó mis gajos.

Y hasta en la hacienda noble,  
La de cristianos fueros,  
Que entre el damasco y el arcón de roble  
Guardaba el pan a hidalgos y pecheros,

Con gloria y paz sincera,  
Yo ¡cuán feliz campaba,  
Cuando la *Gran República* procera  
Criada fiel hizo de la antigua esclava!

¡Ay! entre acerbos males  
Difunden paz serena  
Los nombres, cuanto ilustres, patriarcales  
De *Fute* y *El Salitre* y *Yerbabuena!*

Yo a par que el seto adorno  
De nuestra estancia exigua,  
Cuénto a solas, soñando su retorno,  
Cosas que fueron: nuestra patria antigua.

¡Ah! si la edad tornara  
Que en mi memoria veo!  
La edad heroica, la sencilla y clara,  
La del trajín, la erranza y el rodeo!

Instantes ¡ay!, no siglos,  
De dicha y paz sincera,  
Que en noche hundieron "de impiedad vestiglos",  
Torpes codicias y la fraude artera!...

La malva y yo en buen hora,  
Al que en Junín fulmina  
Tendimos nuestra sombra salvadora  
En la noche nefanda septembrina;

Y bajo el puente estrecho,  
En íntimo latido  
Vibrar sentimos de dolor su pecho,  
No del puñal, de ingratitude herido.

Entre el callar sombrío  
De Santafé desierta  
Y el canturiar monótono del río,  
Ecos se oyeron de lejano alerta.

Y ya, entre canto y lloro,  
Favor clamando al cielo,  
A los maitines preludiaba el coro  
De las vecinas monjas del Carmelo.

Al brillo intermitente  
De cascos chispeantes  
Cruzar sentimos a carrera el puente,  
Dando vivas, tropel de cabalgantes.

¡Tristeza de poniente  
Llevaba en la mirada  
Bolívar! La obra que trazó su mente  
Quedaba, como grande, inacabada.

Mas si huye sin regreso  
Nuestra ilusión querida,  
Por ella, nuestro impulso y embeleso,  
Nuestro sueño de amor, grande es la vida.

Vivió de adolescente  
Cada uno su edad de oro.  
No finge el corazón ni a sí se miente  
Guardando con recuerdos su tesoro.

Un breve cielo alcanza  
Quien, grande, o quier pequeño,  
Mecido entre el recuerdo y la esperanza  
Vive en la dulce realidad de un sueño.

Y adiós! He aquí ya el hacha  
Me llama al sacrificio.  
Al primer tajo mi varal se agacha:  
Gustoso cumplo de arcaduz mi oficio.

Mi actividad oscura,  
No clara estirpe invoco:  
Reine el cedro del Líbano en su altura;  
Yo, en mi angosta heredad, sigo arboloco.

Que a mí nadie me cante,  
Que a mí nadie me nombre:  
Con hacerme benévolo y constante  
Me paga Dios la ingratitude del hombre.